

## Azul

Azul.

Vaya.

¿Y ahora qué?

Que casualidad. Siempre había sido su color preferido. Bueno, miento. Si mi memoria no me traiciona fue desde el catorce de noviembre de 1994. Sí, efectivamente. Me acuerdo por que fue cuando ella cumplió los nueve años. O nueve añazos como decían los adultos para que se sintiese más importante, lo cual surtía el efecto contrario ya que, como me confesó justo ese mismo día, ella lo sabía y el que los adultos no se dieran cuenta de eso la hacía sentirse más pequeña. Por entonces yo no entendí que me quería decir. Simplemente me limitaba a escucharla mientras en secreto adoraba su belleza. Laura... Tan pequeña y ya tan complicada... El caso es que fue ese día. Con una mirada llena de tristeza y quizá una pizca de celos (si es que se puede denominar así a un sentimiento en un chico de nueve años y medio, los cuales yo decía que eran casi diez) vi como se acercaba a Alejandro.

Alejandro era el chico más popular de la clase. Sus amigos le solían llamar Alex, cosa que yo jamás hice ya que nunca me llego a caer bien del todo. Era demasiado creído, cosa que, por otro lado, era bastante comprensible, ya que siempre estaba rodeado de las chicas más guapas de la clase. Yo sinceramente no entendía el por qué, aunque unos meses más tarde me enteré por Iris, mi otra mejor amiga, que era por sus “preciosos ojos azules” y por su “dulce sonrisa”... En fin, cuando se le acercó pude escuchar como Laura (MI Laura) le preguntó cual era su color preferido y el muy egocéntrico le contestó que el azul, pero que no el azul cielo, ni siquiera el azul de una piscina, sino el azul de sus propios ojos, justo ese azul, que como su madre le había dicho, era el azul más bonito de todos. Y fue desde entonces que ella decidió que el azul sería también su color preferido, pero no cualquier azul, sino el azul de los ojos de Alejandro.

Sinceramente no se si este azul que ahora contemplábamos los dos era o no como el de los ojos de aquel chico. Pero os aseguro que eso era lo último que me importaba. El caso era que lo mirases como lo mirases era azul. Azul...Azul... El nombre del color sonaba tan alto en mi cabeza que me dolía, lo cual contrastaba con el tético y tenso silencio que había en el ambiente.

Es increíble lo mucho que puede llegar a significar un color. Siempre han existido esos clásicos ejemplos como que el negro significa muerte, el rojo peligro o que el blanco representa la paz o la pureza. Pero nunca llegue a pensar hasta ese momento que un simple y vulgar color pudiese transmitir tantos y tan intensos sentimientos. Un ilimitado número de sentimientos que se podrían clasificar en dos bandos: los buenos y los malos.

Para algunos podrían tratarse de dos bandos opuestos, pero para mí no. La

experiencia de mi vida, aunque relativamente breve, me había demostrado que no solo no puedes diferenciar donde acaba lo bueno y donde empieza lo malo, sino que además suelen presentarse casi siempre juntos. Como representa ese símbolo japonés que Laura solía llevar casi siempre en un viejo colgante atado al cuello. El ying yang, creo que se llamaba. Ella misma me dijo que ese símbolo redondo con figuras en blanco y negro, quería decir que todo lo bueno tiene algo de malo y que todo lo malo tiene algo de bueno. La balanza del bien y del mal. No se si representará eso de verdad, lo que sí se, es que me pareció una reflexión muy profunda. Para mí, pasó de ser una hipótesis a una realidad, en el tiempo que tardé en comprenderlo y asimilarlo.

Por un lado estaban los buenos sentimientos. Sentimientos capaces de erizar hasta el último pelo de mi delgado cuerpo de emoción. Capaces de hacer llorar a mi corazón de alegría y de gozo. Capaces de hacerme sentir como un crío la noche antes de reyes, que no puede esperar a que llegue el día de mañana para abrir sus regalos. Sentimientos que, hasta entonces, jamás habría pensado que este tipo de situaciones pudiesen llegar a provocar, al menos en mí. Podría intentar denominarlos ilusión, euforia, emoción... Pero todas las palabras que pudiesen salir de mi pobre e incompleto vocabulario, de repente parecían muy pequeñas, casi inexpresivas en ese momento.

Al otro lado del cuadrilátero, en esta equilibrada pelea, estaban los malos sentimientos. Estos también eran capaces de poner mi piel de gallina, solo que por muy distintas razones. Era miedo, casi terror de lo que podía significar un simple color que para entonces ya se había quedado tatuado en mis ojos, y el cual quedaría por siempre en mis recuerdos. Mi corazón se aceleraba como un niño apunto de ser descubierto en ese rincón, el cual pensó que sería un buen sitio para que no le encontrasen sus contrincantes, en el casi olvidado juego del escondite. Me sentía como un paracaidista que reza por que el paracaídas de repuesto funcione, ya que ha tirado de la anilla del principal y este le ha decepcionado, aun sabiendo que saltó del avión dejando atrás el que ahora podría salvarle la vida, por cuestión de comodidad e indiscutible irresponsabilidad. Pero miedo, angustia, pánico... de nuevo no daban la talla estas palabras para lo que sentía.

Había una más que razonable temperatura de calor en esa habitación, y aun así los dos estábamos temblando. Nuestras manos sudaban agarradas la una con la otra, bien fuerte, como si eso sirviese de algo. Como si eso fuese a cambiar el destino o incluso el pasado, lo cual tampoco nos habría venido nada mal en esa circunstancia. La situación estaba pudiendo con migo. De algún modo jamás pensé que eso me pudiese pasar a mí. Sabes que no eres al primero que le pasa, pero nunca piensas que tu vayas a formar parte de ese reducido porcentaje. Era científicamente bastante lógico, pero yo lo veía injusto. Después de todo, mis dieciséis años no estaban preparados para eso.

Azul...

Azul.

Lo que pareció una eternidad pasó en aproximadamente unos seis segundos. Yo no

podía decir ni una palabra. Ni siquiera moverme. Me ahogaba, y sin embargo fue ella, que debería estar pasándolo inimaginablemente peor que yo, ya que al fin y al cabo era yo el hombre, la que cogió aire y con la mano que la sobraba leyó el temido papel explicativo del color.

Susurró algo que no pude oír. Intenté hacer algún tipo de gesto que demostrase que no la había podido escuchar bien, ya que todavía no tenía voz para decírselo, pero no hizo falta. Entre respiraciones profundas y calmadas en busca de encontrar un poco de tranquilidad, repitió las palabras “No pasa nada, no pasa nada...” una y otra vez.

¿No pasa nada? ¿Qué quería decir con eso?

Me estaba volviendo loco. Cogí el papel y lo leí. Azul. Lo ponía bien claro. No estaba embarazada. Suspiré aliviado, y sin embargo calló una lágrima de mi ojo izquierdo. Una lágrima de tristeza, de decepción. Sabía que después de todo era lo mejor. Lo que realmente quería. Pero de alguna forma sentí que había perdido algo. Bueno, tenía toda una vida por delante para disfrutar y hacer las cosas en su momento. No antes.

Azul...

JPelirrojo